

Liminar

FERNANDO AÍNSA

Cuando escribí, entre 1980 y 1987, los textos breves de *D'ici et de la-bas: jeux de distances*, publicado en Dijon en 1987 y en español en 1991, no sabía lo que eran los minicuentos, los microrrelatos, la minificción, e ignoraba la vasta y polémica terminología alrededor de la definición de lo que ahora es un género literario. En forma espontánea había encontrado en esa forma condensada un modo de expresarme, más allá del aforismo y el apotegma, y más cerca de esos “ejercicios antropológicos” y “tratados” con que mi profesor de Literatura en Montevideo, José Pedro Díaz, como buen discípulo de Pascal y Novalis, bautizaba sus libros. Originalidad que lo llevaba a componer sus páginas como un tipógrafo de otros tiempos, letra a letra, y a imprimir en forma artesanal esos tratados de “los lugares” y de “los posibles” en una vieja Minerva instalada en el garaje de su casa. Parecía como si la minuciosa y lenta tarea manual en esas gastadas cajas lo hubiera conducido de un modo inevitable a las formas breves.

Curiosamente, junto a esa Minerva que ahora se exhibe en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional de Montevideo, hay una foto de José Bergamín, en aquellos años exiliado en Uruguay. Aparece admirando la vieja impresora plana que ya era una pieza de anticuario cuando imprimía los libros de José Pedro Díaz y sus amigos. Bergamín, autor de perspicaces y originales “ideas liebre”, “mangas y capirotos” y de la prodigiosa “pirotecnia” de sus “dudas aforísticas lanzadas por elevación” también parecía identificarse con ese clásico de la historia de la imprenta, al parecer tan adecuado para las formas breves.

Años después, al publicar *Travestías* a fines de 1999, críticos y amigos me saludaron como autor de relatos breves, lo que hasta entonces había ignorado. Desde las páginas de *Quimera* –gracias al impulso de Fernando Valls, entusiasta crítico y promotor del género– empecé a publicar minirrelatos, ya consciente de lo que hacía. Descubrí solo entonces lo que sería, desde ese momento, mi género favorito. Cuando reuní algunos de ellos en *Prosas entreveradas* (2009) me sentí integrante de la nueva tribu, hoy verdadera legión. Y con ese descubrimiento llegaron lecturas retroactivas de máximas, epigramas, aforismos y microrrelatos de los autores más diversos, desde Safo, Lichtenberg, Karl Kraus,

Nietzsche y el imprescindible Ramón Gómez de la Serna a David Lagmanovich, Ana María Shúa, Raúl Brasca, Guillermo Samperio, Augusto Monterroso, Adolfo Castañón y Luisa Valenzuela, en América Latina. No faltaron las recopilaciones y antologías, de las que las de Clara Obligado serían referencia.

En esas incursiones quedé sorprendido con el secreto venero escondido en los países entonces llamados del Este. Entre otros, el polaco Stanislaw Jerzy Lec, autor de “pensamientos despeinados” tan cáusticos como: “Si destruyes las estatuas, conserva los pedestales. Siempre podrán servirte”; o “Esta noche he soñado con la realidad. ¡Qué alivio cuando me he despertado!”. También el esloveno Zarco Petan, a quien tuve el placer de conocer en Bled, durante la guerra de Kosovo, que me obsequió con su amistad y una andanada de textos brevísimos, entre los que selecciono casi veinte años después algunos ilustrativos: “Donde escasea la libertad, la protege la policía”; “Acerca de todos los problemas estoy muy desinformado”; “Primero te bajan los pantalones y después te dicen que te aprietes el cinturón” y el que más me conmovió: “Dame la llave de tu corazón, ¡Quiero salir!”.

En esas inmersiones en el género no pude evitar sucumbir a la seducción de las teorías y la crítica que han proliferado estas dos últimas décadas. Las formas breves son objeto de coloquios, festivales, encuentros, cursos de teoría y análisis literario, de polémicas sobre la terminología más apropiada para definirlos y de libros colectivos como este. Aunque he sospechado que en las formas proteicas que asumen los relatos breves se esconde una creatividad que ninguna teoría puede atrapar, no he dejado de apasionarme con la lectura de los textos de la ágil y chispeante Francisca Noguerol, el especialista Lauro Zavala y los recordados pioneros Dolores Koch y David Lagmanovich, entre tantos otros.

Aunque en el pasado he publicado crítica, artículos y ensayos sobre el cuento, he preferido no hacerlo sobre la microficción, aunque me lo haya pedido el editor y amigo Javier de Navascués. Prefiero practicarla como creador y no como crítico o teórico. Sin embargo, no puedo dejar de considerar que las formas en que se expresa acompañan las pulsaciones de “la vida breve” y son el mejor espejo para reflejar las gesticulaciones de los individuos balanceándose en la precariedad, la inmediatez y la urgencia que caracteriza nuestro tiempo. La microficción representa el “instante” de la vida y la condensa en la forma que mejor expresa la incapacidad de enfrentamiento del ser humano con “un plazo más largo”. En la brevedad está la mejor síntesis de un tiempo de ritmo sincopado, incapaz de proyectarse más allá del instante que se vive, lo que se ha llamado “la inhibición frente al futuro”.

Por esta razón no solo proliferan los microrrelatos, sino también los ensayos breves que Judith Kitchen ha bautizado gráfica y simplemente como “Short” (Corto), los “cortos” cinematográficos, el miniteatro que entusiasma en los escenarios del mundo del que fuera pionero Marco Denevi y las composiciones teatrales del ficticio “Festival de Stendhal 1965” reunidas en *Falsificaciones* (1966). No sería ajena a esta tendencia el “minimalismo” en las artes plásticas y presente en la decoración de hogares y recepciones de hoteles.

De allí la importancia de recordar que en su “brevedad dirigida”, en el estilo conciso, en la unidad de acción del suceso concentrado que relata (Borges diría “situación”), en la de la impresión o efecto que provoca, tensión interna y condensación vital, ritmo y pulsación que lo conducen desde el principio al final que lo cierra oclusivamente, el relato breve se erige como una forma autónoma y autoexplicativa que recorta un espacio propio “como una fotografía”, diría Cortázar, autor de “textículos” de probada eficacia. En su difícil sencillez y provisto de un ritmo ajustado conduce imperiosamente al lector a una especie de contagio emotivo. Enrique Anderson Imbert –ese crítico y autor de excelentes microrrelatos, hoy tan injustamente olvidado– nos decía que el autor de formas breves, entre las que incluía el cuento, “aprieta la materia narrativa hasta darle una intensa unidad tonal”. El texto resultante es “un fruto redondo, concentrado en su semilla”.

Esta metáfora siempre me ha parecido elocuente y la mejor síntesis de la dualidad y las contradicciones del género: ese fruto redondo de piel porosa. En efecto, el microrrelato se formula y se crea a través de una estructura que le impone “elementos invariables” en el interior de un modelo que le garantiza su representatividad como género. De otro modo puede ser un chiste (peligro que amenaza a muchos microrrelatos), una simple anécdota (banalidad que sorprende en muchas presuntas microficciones), un fragmento deshilachado carente de coherencia interior con el que muchos pretenden ser autores de formas breves.

Sin embargo, aun atenido a una forma rigurosa, el relato breve necesita abrirse al exterior y ser capaz de reflejar, interpretar y recrear un mundo en permanente cambio y evolución. Debe propiciar en el lector una apertura, un fermento que proyecte la inteligencia y la sensibilidad más allá de la anécdota que narra. Es necesario insistir en esta doble condición del género, gracias a la cual puede integrar todo lo útil a sus fines, sin perder la estructura que lo caracteriza. De ahí la necesidad de un equilibrio sutil y permanente entre apertura temática y ajuste formal. En resumen, el “fruto redondo” debe ser transparente y poroso. En su “semilla” está el secreto.

Sin querer, hemos terminado haciendo una propuesta teórica de lo que pretendió ser inicialmente un simple testimonio de autor. En todo caso, si fuera así sería un ensayo breve, género en boga y en el que muchos, siguiendo el prestigioso ejemplo de Alfonso Reyes, Borges y Octavio Paz, también nos empeñamos.

Zaragoza/Oliete, octubre 2011